

FRED MUSTARD STEWART
EL NIÑO ESTELAR

SUPER
FICCIÓN



En Shandy, una pequeña y soñolienta ciudad de Connecticut, la esposa del maestro Jack Bradford empieza a tener sueños sobrenaturales relativos a un joven que se hace llamar *Niño Estelar*, proveniente quizá de la estrella Tau Ceti, a doce años-luz del sol.

O tal vez de un lugar más próximo, más íntimo y espantosamente personal para la soñadora Helen. ¿Sueño, fantasía o realidad? Sea como fuere, la aparición del Niño Estelar desencadena una serie de extraordinarios acontecimientos que parecen estar más allá de toda explicación... a menos que datos del futuro tales como el viaje en el tiempo, la fusión termonuclear controlada (la única esperanza de la ciencia para crear un ambiente libre de contaminación) y la proyección del pensamiento a través del tiempo y del espacio puedan ser aceptados a tiempo para salvar a la población de Shandy y al resto de la humanidad.

Si Dieu n'existait pas il faudrait l'inventer.
(Si Dios no existiera, habría que inventarlo).

VOLTAIRE

PRIMERA PARTE LA ANUNCIACIÓN

1

La rubia de diecisiete años soltó una risita mientras el hombre con cabeza de búho bajaba con ella los peldaños de madera que conducían al sótano.

—¿De modo que éste es tu gran secreto? —preguntó la muchacha, mirando a su alrededor—. Pero... ¿qué es esto?

—Mi templo.

El hombre era alto, llevaba una capa negra que le cubría el cuerpo y su cabeza quedaba totalmente oculta por la máscara en forma de cabeza de búho. Había sido confeccionada con plumas blancas, y los grandes ojos tenían unos orificios a través de los cuales él la miraba. El hombre sujetaba una botella de dos litros de Almadén Chablis y un vaso vacío. Con el vaso a medio llenar, la joven bebía a sorbitos, mientras miraba el altar erigido en el extremo de la sala.

—Un templo privado. Es una idea fascinante... —se inclinó y besó el pico de la máscara—. No tenía la menor idea de que fueras tan original. Pero, ¿para qué un templo?

—Para el Gran Dios Raymond.

Ella rió entre dientes.

—¿Raymond? Es un nombre estúpido para un dios.

—No más estúpido que Jesús.

El hombre dejó la botella de vino en el suelo de tierra.

El sótano era viejo. Las vigas del techo estaban combadas a causa de la antigüedad y la carcoma, y las paredes de piedra parecían datar de finales del siglo XVIII o principios del XIX. En el extremo opuesto al pequeño altar, una enorme caldera de carbón se agazapaba en la semipenumbra,

con los tentáculos de acero de sus tuberías desplegados en todas direcciones, como los de un pulpo.

—Está bien, me parece una buena idea que tengas tu propio dios —dijo la muchacha, mientras se dejaba caer ruidosamente sobre el catre que había en el centro del sótano y saltaba sobre los chirriantes muelles del somier.

La desnuda lamparilla que colgaba sobre las cabezas iluminaba su cabello rubio y corto. Era una belleza de estilo californiano, una hermosa figura cubierta con un albornoz de algodón blanco. Sus piernas estaban desnudas y sus pies, descalzos. Los ojos de búho la observaban desde el último escalón.

—¿Este es el altar donde haremos el amor en honor de... Raymond? —preguntó, casi derramando el vino sobre las blancas sábanas, con sus saltos sobre el catre.

—Algo así.

—Ben, eres un loco y eso... ¡me encanta! No tenía la menor idea de que aquí abajo existiera todo esto. Quítate esa fea máscara, acércate y bésame. Luego háblame de ese Raymond... Tal vez me adhiera a su religión.

Él se levantó la máscara y la colocó sobre un sucio arcón adosado a la pared. Con los dedos se aliso el pelo, tan rubio como el de ella. Ben era un guapo muchacho de dieciocho años.

Abrió su capa negra mostrando su cuerpo, que, salvo por unos calzoncillos azules, estaba desnudo. Después se abalanzó sobre su compañera, gritando con la voz de Bela Lugosi:

—¡Soy Drrrrácula! ¡Voy a beberrr tu sangrrre!

Envolvió a la chica con la capa mientras se inclinaba e hincaba los dientes en su cuello. Ella recorrió el cuerpo del muchacho con las manos y acarició su suave piel.

—Hummm... Sabe a vino, pero es toda tuya.

Él acercó su boca a la de ella y se besaron. La chica notó que Ben abría los labios y sacaba la lengua. Lo imitó, y sus lenguas se entrelazaron como coléricas serpientes. Sin-

tió las manos del muchacho que buscaban sus pechos desnudos bajo el albornoz, y lo deseó más que nunca. Trató de tirar de él para que se le echara encima, pero Ben se resistió.

—Oh, Ben —susurró—, ahora...

—No, no es así como le gusta a Raymond.

—¡Oye, basta ya de Raymond! —estalló malhumorada, mientras él se erguía para coger el vino.

Ben llenó su vaso y bebió un trago. Luego se volvió.

—Raymond es el nuevo dios que pronto vendrá a la tierra para ofrecer a la humanidad una nueva religión..., una nueva y hermosa religión que rinde culto al cuerpo, no al alma.

Ella sonrió, recuperando el buen humor. A fin de cuentas, Ben estaba aderezando la cosa con un espectáculo fuera de lo corriente.

—Esa clase de religión me gusta mucho más que las otras.

—A mí también. Verás, hace aproximadamente una semana Raymond empezó a aparecerseme en sueños. Al principio, en cierto modo, me asustó...

—¿Qué aspecto tiene? —le interrumpió la muchacha.

—Adopta muchas formas. A veces es una hermosa mujer, en ocasiones un hombre muy guapo, pero puede ser... una cabra, o un lagarto. Una noche, incluso se convirtió en búho.

Ella se echó a reír y señaló la máscara:

—Entonces, por eso...

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Eso me inspiró. Sea como fuere, Raymond es omnipotente y omnisciente, y cuando llegue a nuestro mundo comenzará una nueva era de amor y goce... y otras cosas.

—¡Suena maravillosamente! Me encanta esta fantasía. Es la mejor de todas las tuyas.

Él esbozó una leve sonrisa.

—Bien, me alegra que te guste —se quitó la capa y la arrojó sobre el baúl—. Raymond me enseñó que el acto del amor debe ser también un acto de adoración, porque cada vez que hacemos el amor consumimos parte de la fuerza psíquica del universo. Entonces me dijo que construyera un altar para él y para Fuego Estelar —explicó, extendiendo la mano.

Ella abandonó la camilla y se reunió con él.

—¿Quién es Fuego Estelar?

—El padre de Raymond. Fuego Estelar es el Creador.

La condujo hasta el altar. Consistía en un baúl cubierto con un chal de seda negra, bordado con hilos de oro. Encima había dos candelabros de latón, un cuenco blanco entre ambos y, detrás del cuenco, una caja de cerillas de cocina y dos antifaces negros. El muchacho cogió la caja de cerillas, sacó una y la encendió.

—Los cirios —explicó, mientras los encendía— representan a Raymond..., y éste es Fuego Estelar.

—¿Qué hay en el cuenco?

—Mirra e incienso.

—¿Dónde los conseguiste?

—En Fairfax. Son carísimos.

Encendió el incienso, que comenzó a humear, impregnando el sótano con su perfume. Puso la caja de cerillas en su sitio y arrojó al suelo la que había usado. Luego cogió los dos antifaces y le ofreció uno a la joven.

—Aquí tienes; pónelo.

—¿Para qué?

—Forma parte del ritual. Ocultándonos una parte del rostro, nos concentramos más en nuestros cuerpos.

Ella lo miró, vacilante, pero tomó la máscara y estiró el elástico sobre su pelo.

—Aprieta mucho —se quejó.

Él también se había puesto su máscara.

—¿No crees que así resulta todo diferente?

—Sí—admitió ella—. Es raro, pero resulta más sexy.

Ben apoyó las manos en el cuello del albornoz de la muchacha.

—Ahora debemos consagrar nuestros cuerpos —susurró.

Le abrió el albornoz poco a poco. Ella se relajó mientras él se lo quitaba y lo dejaba caer al suelo, a sus pies. Los generosos pechos y el liso vientre de ella relucían a la luz de los cirios. Él la rodeó con los brazos, la atrajo hacia sí y dejó que sus labios rozaran los de ella, mientras la joven se deleitaba con su musculoso cuerpo.

—Consagro tu cuerpo a Raymond —dijo él, suavemente—, y el mío a Fuego Estelar.

—¿Qué debo decir yo? —susurró ella, con los ojos cerrados.

—Nada. Se supone que debes sentir y gozar. Entonces, el espíritu de Raymond vivirá en tu interior.

Ella besó su hombro, luego apoyó la cabeza en él y le rodeó la estrecha cintura con los brazos.

—Te amo, Ben —dijo—. Eres tan hermoso...

—También tienes que amar a Raymond.

Ella levantó la vista y sonrió.

—De acuerdo. También lo amaré a él.

Ben apartó suavemente los brazos de la muchacha y volvió a llevarla a la camilla.

—Tiéndete —susurró, besándola.

Ella le obedeció; él se echó a su vez y apretó el interruptor de la luz. Excepto el suave brillo de los cirios, el sótano estaba a oscuras.

Ben se quitó los calzoncillos y los apartó de una patada. Una vez desnudo, montó a horcajadas sobre la joven, que abrió los brazos. Ben se inclinó y la besó.

La muchacha sintió que la punta de su pene caliente y erecto chocaba contra su vientre. Luego él lo introdujo en su vagina y comenzó a empujar. Ella gimió sutilmente mientras la placidez crecía en su interior.

Juntos alcanzaron el orgasmo.

Cuando todo concluyó, él se tendió junto a la muchacha, que clavó la mirada en el oscuro cielorraso, con una sonrisa en el rostro.

—Ha sido hermoso —murmuró—. Me haces tan feliz, Ben...

Con la mano derecha, él cogió un objeto oculto debajo del catre. Se trataba de un cuchillo de carnicero que guardaba entre el somier y el colchón.

—Es Raymond quien te hace feliz.

—¡Qué bobo! —exclamó ella cariñosamente, y riéndose—. ¿Cómo se te ocurren esas ideas delirantes?

Ben se incorporó, sosteniendo el cuchillo detrás de la espalda.

—No es un delirio. Raymond es real. Es el hijo de Fuego Estelar y su advenimiento a la Tierra me ha sido anunciado en sueños.

—Háblame en serio —dijo ella con un dejo de irritación—. ¿Qué estás haciendo?

Él estaba otra vez a horcajadas sobre ella y la contemplaba, todavía con el cuchillo oculto a sus espaldas.

—Soy el primer apóstol de la nueva religión —susurró—, y te ofrezco a Raymond como mi primer sacrificio.

—¿Qué has dicho?

La joven contempló el cuchillo de carnicero cuando él lo hizo aparecer y lo alzó sobre su pecho.

—Ben...

El cuchillo relampagueó y se enterró en su corazón. La sangre brotó a chorros, como el agua de una cañería rota.

La chica murió instantáneamente.

Helen Bradford salió de la tienda de ultramarinos de la población con una bolsa de papel repleta de costosos alimentos. Shandy relucía bajo el sol de finales de agosto, un sol que había hecho ascender el termómetro a la tempera-

tura —insólita en Nueva Inglaterra— de treinta y cinco grados y medio.

Shandy, que se encontraba en el extremo noroeste de Connecticut, a unos kilómetros al sur de Massachusetts, estaba rodeada por las estribaciones de Berkshire y la cruzaba el pintoresco río Housatonic, de modo que resultaba difícil imaginar una situación mejor. La villa en sí no era una joya arquitectónica, aunque el blanco edificio de la iglesia congregacionista —construido en la década de 1860— constituía un bello ejemplar del gótico victoriano —para quienes gustasen de ese estilo—, y había unas cuantas casas atractivas de tipo colonial a lo largo de la Ruta 9, la calle principal de Shandy. El centro comercial tenía una longitud inferior a la de una manzana y lo constituían la ferretería Grayson, el Shandy Package Store —una tienda de comestibles provista de una buena selección de vinos—, el mercado Haley, dos o tres casas de antigüedades y la Shandy Shoppe, donde era posible comprar unas grasientas hamburguesas y el *New York Times*. A lo largo de la vía del ferrocarril —que ya no se usaba, y cuya estación se había convertido en una cerería— se encontraban la farmacia seudocolonial y la lavandería; frente a la iglesia congregacionista se alzaban las oficinas de la inmobiliaria Dryer.

En dirección opuesta, al sur de la columna erigida en 1883 en memoria de los caídos en la guerra civil, se hallaban el Ayuntamiento y dos gasolineras, y, con excepción de la escuela y el cementerio, eso era todo lo que había en Shandy, una población de 267 habitantes... al menos durante el verano. Pero el pueblecillo ya se preparaba psicológicamente para el comienzo del curso lectivo, que se iniciaría tres semanas más tarde, momento en que más de cuatrocientos chicos y chicas de la comarca invadirían el elegante *campus* seudogeorgiano del otro lado del río y duplicarían con mucho la población. La Prep de Shandy —así la llamaban— era una de las escuelas privadas más importantes del Este. Representaba la principal fuente de in-

gresos de Shandy y era su primera —y casi única— actividad, con una plantilla de cuarenta profesores, todos ellos residentes en el pueblo y sus alrededores.

Jack y Helen Bradford constituían un caso algo especial, como el único matrimonio de docentes en la escuela.

Mientras subía a su Toyota, frente al mercado Haley, Helen pensó en su marido y en la fiesta que la noche siguiente ofrecerían para festejar su segundo aniversario; precisamente para esa ocasión acababa de comprar una pierna de cordero. Helen seguía tan enamorada de Jack como aquel verano, dos años atrás, cuando desafiaron a los chismosos de la villa al vivir juntos durante seis semanas, antes de legalizar aquel lazo que ya no parecía tan consistente como en otros tiempos. Pero a ellos seguía uniéndolos.

Helen no sólo continuaba enamorada de su marido, sino que además le gustaba... a pesar de su mal humor, sus ocasionales arranques de ira, el vicio de comerse las uñas, su costumbre de ver las viejas películas de la sesión nocturna en la televisión —que lo mantenían despierto hasta las dos de la madrugada—, y sus borracheras en las fiestas. Bien..., era de suponer que también ella tenía un montón de defectos.

En el aspecto positivo, él se mostraba generalmente amable, su físico era atractivo —a Helen todavía le encantaba contemplar su cuerpo desnudo—, y se desempeñaba bien en la cama, lo cual, en estos tiempos no deja de tener su importancia; en realidad, era un hombre normal, aunque últimamente había intentado algunos... experimentos. Resultaba brillante y podía ser divertido, y como profesor le consideraban fantástico, el mejor del departamento de literatura de habla inglesa. Sus alumnos lo adoraban, y ella también.

Mientras conducía junto al Housatonic, al pasar por el desierto *campus* —aunque no del todo desierto, pues vio a Jeremy y a Marcia Bernstein jugando al tenis en una de las

pistas del colegio—, se dijo que existían muchas cosas por las que debía sentirse agradecida.

Había cumplido los veintiocho en junio. Era alta y, si bien no podía considerarse una belleza según las pautas convencionales, su cutis terso, su sedoso cabello castaño y sus grandes y expresivos ojos verdes, le valían habitualmente la calificación de «enormemente atractiva». Provenía de Wiscasset, Maine, donde su padre todavía trabajaba como ejecutivo para la Bath Iron Works; pero cuatro años en Vassar habían suavizado su acento del Maine. Tras su primer año de estudios pasó unas vacaciones en Francia; se enamoró del país, de la cultura y del idioma, y regresó allí al terminar la enseñanza secundaria, para graduarse en la Sorbona. Hacía tres años había aceptado un puesto en el departamento de literatura francesa de Shandy, el mismo año en que Jack Bradford ingresó en el departamento de literatura inglesa. Vassar-Sorbona-Maine se enamoraron de St. Marks-Harvard-Boston en su segunda cita.

Su coche traqueteó por la escarpada carretera de Rock Mountain, giró en la calzada junto a la que se alzaba la casa que habían alquilado y aparcó frente al doble garaje. Jack, vestido únicamente con un pantalón corto de color caqui y unas sucias zapatillas de tenis, seguía a la ruidosa cortadora de césped alrededor del pequeño jardín delantero, desde el cual se dominaba el imponente panorama del pueblo desde la montaña, la escuela, el río y el valle, más abajo.

Al ver a su esposa, Jack paró el motor de la cortadora de césped y se pasó los brazos por la boca: a pesar de que llevaba el pañuelo alrededor de la frente, su rostro estaba empapado de sudor. Medía casi un metro noventa y cinco, era muy delgado y conservaba la estilizada elegancia del nadador que se había destacado en Harvard. Sus largos cabellos castaño oscuro tenían franjas cobrizas —desteñidos por el sol—, y su delgado y bronceado rostro, junto con los que Helen llamaba sus «salvajes» ojos castaños, le daban un aspecto de *hippie* ya pasado de moda, lo que, en cierto

modo, se atenía a la verdad. En los años sesenta, Jack Bradford se ausentó por un tiempo, luego regresó e intentó dedicarse a dirigir cine artístico, pero fracasó; ahora estaba casado y tenía treinta y dos años... y además, corría la década de los setenta. Jack Bradford detestaba reconocerlo, pero se había convertido en un hombre del *establishment*.

—¿Qué has comprado? —preguntó a Helen cuando bajó del coche.

—Una magnífica pierna de cordero.

—Al diablo con el presupuesto. ¿Has traído el vino?

Ella puso los ojos en blanco:

—¡Caray, lo olvidé!

—No importa; iré a buscarlo esta tarde. Hace calor, ¿verdad?

—Es un horno...

Helen llevaba las provisiones hacia la puerta de la cocina cuando oyó un golpe seco procedente de la cima de la montaña. Miró arriba y vio que uno de los altos pinos blancos que remataban Rock Mountain se venía abajo.

—¿Quién está talando los pinos?

—Ben. Dice que va a venderlos como leña.

—¡Pero eso es un crimen! Unos árboles tan hermosos...

—El monte es de su propiedad, nena. ¿Qué te parece si le preparas un poco de té helado a tu esclavo?

La miró provocativamente, como si quisiera cortar cualquier intento de discusión acerca de Ben Scovill y sus árboles. Helen se mosqueó un poco.

—De acuerdo.

Dio un último vistazo a la montaña, y entró en la fresca cocina para guardar los alimentos y preparar el Lipton instantáneo. Ben Scovill, su vecino más cercano, vivía en la cima de la montaña. El excelente Ben, el apuesto Ben, el simpático Ben... ¿Por qué se le ponían los pelos de punta cada vez que lo mencionaban? Los Scovill eran una de las familias de granjeros más antiguas del lugar, y su granja, con sus cuarenta hectáreas en la ladera norte de Rock

Mountain, había pertenecido a la familia durante cinco generaciones. Esto hacía de Ben un «pueblerino» —tal era el término empleado con semiinconsciente esnobismo por los profesores para denominar a los nativos de pocos recursos — y, sin embargo, había obtenido una beca para la Prep, lo cual le otorgaba una ambigua categoría y le colocaba en un mundo ambivalente al que él había sabido ajustarse a la perfección. Ben era un muchacho brillante y un excelente deportista. Agradaba a todos, y Jack lo apreciaba mucho.

Ben había ingresado en el equipo de natación de la escuela —del que Jack era entrenador—, y en poco tiempo, bajo su tutela, se había convertido en un buceador de primera línea. Su relación deportiva, unida al hecho de ser vecinos, había creado entre ambos un vínculo que Helen consideraba poco aconsejable entre profesor y alumno. Amigos sí, compinches jamás, decía ella. Jack no estaba de acuerdo, y la muerte del padre de Ben en el mes de mayo, a causa de un tumor cerebral, añadió una dimensión protectora a los sentimientos de Jack, ya que la madre del muchacho había muerto seis años atrás en un accidente automovilístico, y ahora Ben se encontraba solo en el mundo.

Jack y Ben. Ignoraba cuál era el motivo por el que no podía compartir el entusiasmo de su marido por Ben, pero notaba que *existía* un distanciamiento en el muchacho que no parecía originado por la timidez —era cualquier cosa menos tímido— sino, más bien, pensaba Helen, por su actitud taimada. Nunca sabía exactamente lo que Ben pensaba, y eso la molestaba. Sabía que era injusto que le desagradara por algo tan impreciso, sobre todo teniendo en cuenta que, desde luego, ella era la única persona que abrigaba tales sentimientos. En ocasiones, incluso se había preguntado si no estaría un poco celosa de él, como si de algún modo le molestara compartir a su marido. Pero eso era absurdo, pues no compartía a Jack con Ben. Sin embargo, el sentimiento existía; vago y oscilante, pero existía.